

LIVJATAN

Un recital en la Casa de la Cultura de Aurora, un pueblo perdido del norte de España, no es algo que quite el sueño a ningún artista, pero a Agustín Fóquel al menos le quitaría el hambre.

Hacía ya mucho que la fama y la gloria se le habían escurrido entre los dedos. Pronto los siguió el orgullo, tras presenciar cómo se desplomaba su caché en las bolsas de las bellas artes.

Le habían pedido un programa variado y él cumplió: Beethoven, Chopin, Schubert, Mancini, Lennon y McCartney... Cuando terminó el concierto, el público, compuesto en su mayoría por ancianos arrancados del vecino Hogar del Jubilado, aplaudió al pianista con más cortesía que devoción. El maestro saludó cortésmente y abandonó el escenario con cierta premura.

Agustín Fóquel debería haber llegado a Aurora al mediodía, pero se había levantado algo tarde en su domicilio de Madrid, cinco o seis horas después de lo previsto. Estuvo a punto de no asistir al recital.

Hubiese preferido arribar a Aurora con tiempo suficiente para instalarse en el hotel, comer algo ligero, dar un paseo y descansar.

En cambio, había comido un bocadillo grasiento en una gasolinera y había llegado al pueblo con el tiempo justo para ponerse una chaqueta en el camerino de la Casa de la Cultura y salir al escenario.

Trató de disculpar su tardanza en la cena que se celebraba en su honor y que le llevaba a compartir mesa con la alcaldesa, el concejal de cultura, la coordinadora del centro cultural y un par de personajes más cuyos cargos no le interesó retener.

—Usted no se acordará —le dijo Elena Meléndez, la coordinadora de la Casa de la Cultura, mientras Fóquel hacía señas al camarero para que le sirviese más vino—, pero en 1994 una chica de dieciséis años le pidió un autógrafo aquí, en este restaurante.

Elena tenía razón. El músico no solo había olvidado a esa niña, sino que tampoco se acordaba del restaurante. De hecho, hasta ese momento podría haber jurado que nunca había estado en Aurora.

Añadió una nueva disculpa mientras vaciaba la copa y trató de prestar atención a la alcaldesa, que parecía saberlo todo acerca de su municipio, ese pueblo enclavado en suaves laderas que se abrían a una pequeña ensenada desde los acantilados.

En tiempos remotos, la localidad había servido de puerto natural a una pequeña comunidad de pescadores. Las

incursiones de los vikingos en la Alta Edad Media obligaron a construir una robusta fortaleza y murallas, de las que hoy apenas se conservaban vestigios. Una monumental iglesia románica dedicada a la Anunciación ofrecía testimonio de la pujanza del pueblo en siglos posteriores.

Durante la Edad Moderna, los aurorianos se habían dedicado fundamentalmente a la pesca de la ballena, actividad que se extinguió por completo en el siglo XIX y fue sustituida por la captura de otras especies, entre las que destacaban el atún y la sardina, lo que dio lugar a la creación de una industria conservera.

En la actualidad, sin embargo, la actividad pesquera ocupaba solo a unas cuantas familias. La mayor parte de la población trabajaba en sectores que nada, o muy poco, tenían que ver con la tradición.

Fuera del estrecho valle que desembocaba en el mar y que estaba ocupado por el antiguo caserío, la villa se extendía formando nuevos barrios en la parte más alta y alejada del mar, aunque los dos promontorios que parecían encerrar al pueblo entre acantilados habían conseguido librarse de la fiebre constructora de los últimos años.

Agustín Fóquel tenía planeado regresar a Madrid al día siguiente de su recital. Sin embargo, el cheque en el bolsillo y las grises perspectivas que le aguardaban en su domicilio habitual le empujaron a disfrutar de la paz y el tiempo primaveral de la costa del norte durante algunos días más.

Por la mañana, se propuso seguir el Camino Viejo de la Ermita, una calle tortuosa que salía del barrio antiguo, en la parte baja del pueblo. Ascendió por él hasta que el caserío urbano desaparecía de forma brusca. De debajo del asfalto parecía surgir un agreste sendero que transcurría entre prados y bosquecillos. Al rebasar el último grupo de árboles,

el camino trazaba una curva y continuaba paralelo al precipicio hasta llegar a un pequeño edificio de muros encalados y espadaña de piedra. Junto a él se erguía, majestuoso, un tejo centenario, que, de haber brillado el sol, cubriría la pequeña ermita con su sombra.

El músico se quedó allí fumando, mirando el horizonte, recibiendo las caricias del viento que racheaba con bofetadas. Escuchó el bramido del mar y contempló las gaviotas que colgaban del cielo gris de abril.

Tardó un rato en advertir que el camino que le había llevado hasta allí continuaba. Descendía por una pendiente abrupta y parecía conducir a una playa no muy grande, quizá merecedora del título de cala, segmentada en varias parcelas por medio de unas rocas oscuras y verticales que se adentraban en las aguas agitadas que, a lo largo de milenios, se habían tomado el trabajo de esculpir las rocas hasta darles forma de muros dentados.

Agustín bajó por el camino. Poco antes de llegar a la playa, en una terraza natural, descubrió las ruinas casi ocultas por la maleza de lo que, por el emplazamiento, supuso antiguas casitas de pescadores.

Apenas puso los pies en la playa, una fina lluvia se desprendió de las nubes y le recordó que había dejado el paraguas en el hotel. Temiendo que la llovizna derivase en aguacero, decidió poner punto final a la excursión y regresar a Aurora.

Apenas había superado la ermita de la Serena, comenzó a diluviar. Afortunadamente, a poco más de cien metros se encontró con un anciano que se dirigía al pueblo y que le ofreció cobijo bajo su paraguas.

—¿De dónde sale usted? —le preguntó.

Agustín le contó que había bajado hasta la playa solitaria.

—La playa de Quebrantos —aseveró el anciano—. Mal sitio es ese. Mucha gente se ha ahogado ahí, aunque también es verdad que los percebes de los alrededores son los mejores.

El forastero le preguntó luego por las ruinas que había visto.

—La aldea, le dicen al lugar. Eran casuchas de gentes miserables que vivían apartadas del pueblo y se dedicaban a sus cosas. —Hizo una pausa—. Hace más de un siglo que la aldea... se abandonó.

Estas últimas palabras las pronunció el anciano en un tono más apagado, tal vez melancólico. Agustín lamentó haberle preguntado y trató de cambiar de tema, pero no le vino a la mente otra materia que la tópica conversación acerca del tiempo atmosférico.

—¡Vaya día! —exclamó el músico enarcando las cejas y alzando la mirada al cielo, o más bien al paraguas que se lo ocultaba.

El lugareño también miró hacia arriba y luego hacia Agustín. Sonrió con benevolencia, captando sus intenciones de cambiar de conversación.

—No es raro en esta época del año —aseguró—, aunque puede que esto acabe en temporal. Cuando llega uno fuerte dicen que es por el cambio climático. Antes se culpaba a las brujas o al Nuberu.

—¿El Nuberu?

—Sí, una especie de diablo o dios pagano que vivía entre las nubes y se divertía provocando tormentas y tempestades, lanzando rayos a personas y bestias, arrancando tejados y hundiendo barcos.

En la imaginación de Agustín se representó la figura del dios escandinavo Thor, lanzando rayos con su martillo.

Supuso que, entre los pueblos marineros, en los que las tormentas derivan fácilmente en tragedia, resultaría más fácil encontrar personajes mitológicos relacionados con ellas.

—Imagino que estas tormentas habrán hundido muchos barcos a lo largo de los siglos.

—Imagina bien —dijo el anciano—, pero las peores tempestades no son las que se llevan los barcos al fondo, sino las que los hacen emerger.

Aquella contestación dejó al músico sin palabras. Su acompañante, que descubrió la perplejidad reflejada en su rostro, siguió hablando.

—Veo que no conoce la leyenda del Livjatan.

—¿Del Leviatán?

—Livjatan —le corrigió—, del navío Livjatan.

Los dos hombres habían entrado ya en el pueblo y la lluvia, que antes caía silenciosa sobre la hierba de los prados, entonaba ahora distintas melodías, repicando sobre los tejados y el asfalto, vibrando en los pequeños ríos que se formaban junto a los bordillos de las aceras y cantando en cascadas al precipitarse por canalones y bocas de alcantarillas. Por encima de este concierto flotaba el melódico tañer de campanas llamando a misa.

—Ese es don Fidel, el cura —comentó el anciano señalando al cielo con el dedo índice—. Le gusta tocar las campanas.

—¡Qué bien! —exclamó el músico—. A mí me encanta escucharlas.

—Pues le aseguro que no le habría gustado escucharlas el día de la tempestad, el día en que apareció el Livjatan.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace más de cien años: en la primavera de 1882. No había cambio climático en aquellos tiempos. —El viejo

detuvo tanto el paso como la narración, se llevó la mano al mentón y lo acarició pensativo antes de volver a hablar—. Sonaron las campanas de la iglesia y entre ellas se imponía la voz de la Santa Bárbara, la campana mayor, fundida con el mismo bronce que se empleaba para los cañones de los regimientos reales y que tenía como misión principal combatir a los demonios portadores de tormentas.

—¡Abuelo, abuelo! —sonó a sus espaldas una voz infantil.

Los dos hombres se volvieron para encontrarse con una niña de nueve o diez años que corría tras ellos protegida con un paraguas de Totoro. Se detuvo y se encaró, algo malhumorada, con su abuelo, quien, al parecer, tenía que haberse presentado en la casa de la nieta hacía ya bastante rato.

Se imponía una despedida, y con ella la abrupta interrupción de la historia del Livjatan.

—Ya ve que tengo que marchar —se excusó el anciano tendiendo su mano—. Telmo Bayón. Ha sido un placer conocerle.

Agustín la estrechó con calidez, aunque sin evitar una mueca de frustración.

—¿Le gusta a usted la sopa de marisco? —preguntó Telmo.

—Ya lo creo —contestó Agustín.

—Pues, si le viene bien, nos podemos encontrar esta noche, a eso de las nueve.

—Será un placer, si termina de contarme la historia del Livjatan.

La niña tiraba de la mano de su abuelo.

—Nos vemos a las nueve en El Ancla.

—¿Dónde está eso?

—Cualquiera le podrá indicar. Tome, llévese el paraguas y me lo devuelve esta noche.

La niña arrastraba a su abuelo hasta un portal cercano, mientras este le daba una última indicación a Agustín.

—Reserve mesa para tres. —Guiñó un ojo con gesto pícaro—. Llevaré a una amiguita.

Agustín sonrió y echó una ojeada a la niña.

—¡No! —exclamó divertido—. ¿Por quién me toma? Mi amiga ya ha cumplido los dieciocho.

Agustín Fóquel salió del hotel con tiempo suficiente para dar un paseo por el puerto antes de acudir a la cita. Pasó junto a los pesqueros, que se balanceaban rítmicamente con sus amarres afirmados en los norayes, y continuó por el muelle hasta llegar al espigón, rematado por una baliza verde. Las olas rompían contra la barrera de piedra y formaban una espuma que parecía fluorescente a la luz de la baliza. El resto del mar era negro como la tinta, y el músico llegó a sentir un débil mareo al pensar en su inmensidad. Eso y el viento frío y húmedo le empujaron a volver sobre sus pasos y buscar refugio en El Ancla. Cuando entró en el bar eran las nueve menos cuarto.

Se trataba de un local muy amplio, vacío, salvo por los camareros y tres hombres que bebían en la barra.

Agustín se sentó a una mesa situada junto a un ventanal con vistas al puerto y pidió una cerveza. El vaso estaba aún medio lleno cuando apareció en la puerta Telmo Bayón, acompañado por una señora de su edad, que caminaba apoyándose en un bastón. Agustín había llegado a imaginarse a su compañera como una modelo escultural de poco más de veinte años. Enseguida se la presentó como Carmen, su esposa.

—Ya le dije que había cumplido los dieciocho —bromeó Telmo.

—Ya van para sesenta que los cumplí —puntualizó ella, sonriente.

Charlaron amenamente sobre la vida en Aurora y sobre otras muchas cosas, y el tema del Livjatan salió a relucir cuando ya daban cuenta del segundo plato.

—Ocurrió un día de la primavera de 1882. La mañana amaneció despejada y los barcos se echaron a la mar. Pero no mucho después del mediodía, el cielo se fue oscureciendo, se levantó un viento furioso y la mar comenzó a rizar-se. El sol pareció apagarse y los rayos y centellas iluminaron el mar embravecido. Sonaron entonces las campanas de la iglesia y entre ellas se imponía la voz de la Santa Bárbara, la campana mayor, fundida con el mismo bronce que se empleaba para los cañones de los regimientos reales y que tenía como principal misión combatir a los demonios portadores de tormentas.

Fóquel reconoció las palabras. Eran las mismas que Telmo había pronunciado por la mañana, lo que demostraba que el buen anciano repetía una historia que había contado muchas veces, una historia aprendida de memoria tal y como él la habría oído narrar en su niñez.

—El párroco —continuó el otro— se unió al sacristán y a los monaguillos para hacer voltear con más fuerza las campanas. La horrrisona sinfonía que componían con el hostil acompañamiento de los truenos nada tenía que ver con el melodioso toque del ángelus, ni con el monótono toque de difuntos, ni siquiera con el más impetuoso toque de arrebató. Esta vez las campanas tañían para conjurar a los diablos que pudieran cabalgar sobre las nubes. Porque aquella no era una tormenta corriente: aquella era una de

esas terribles tempestades que de tarde en tarde azotan la costa de Aurora.

La historia de Telmo daba cuenta de un templo casi desierto en el que únicamente se hallaban cuatro o cinco ancianas solitarias, que, sin parientes vivos, habían acudido a rezar a la iglesia en vez de acercarse hasta el muelle o a la playa, como habían hecho todos los que tenían en la mar algún padre, marido, hijo o hermano.

Todo indicaba que las oraciones de aquellas beatas y los toques de la Santa Bárbara habían logrado derrotar al Nuberu y sus demoníacos acólitos, pues, aunque con grandes esfuerzos, comenzaban a arribar al puerto las primeras embarcaciones.

Desde la atalaya, en lo alto del acantilado, se divisaba el nutrido grupo de lanchas y traineras en batalla contra la mar arbolada y tratando de dirigir las proas hacia la embocadura del puerto.

Entonces un rayo extraordinario hendió el cielo y los vigías de la atalaya avistaron bajo esa luz fulgurante la figura enigmática de un buque que navegaba en medio de la tempestad con todas sus velas desplegadas. La visión duró un instante y la nave pareció desvanecerse tan súbitamente como había aparecido, entre las tinieblas del horizonte, cuando las campanas enmudecieron bajo el ensordecedor estallido del trueno.

Al estruendo lo siguió cierta calma y las campanas volvieron a ser audibles. En poco tiempo la última embarcación de pesca entró en el puerto, donde hombres, mujeres y niños se afanaban en poner a salvo naves y aparejos y, una vez asegurados, se unían en abrazos y besos. Las lágrimas de la emoción se hacían invisibles en los rostros empapados por la lluvia.

Desde el puerto, los habitantes de Aurora se dirigieron a la iglesia, tanto para cumplir con el deber espiritual de dar gracias a Dios por permitirles regresar de la mar con vida, como por satisfacer la necesidad de buscar cobijo en el edificio más seguro y robusto de la población.

Pasado un tiempo que a los aurorianos se les antojó eterno, la tempestad comenzó a amainar. Cuando el sonido del viento dejó de resultar amenazador, el sacerdote dio por concluidas las oraciones y despidió a sus feligreses.

Al abandonar la iglesia, la primera impresión que recibieron los vecinos de Aurora resultó tranquilizadora. A simple vista, la tormenta no parecía haber causado estragos. Los edificios que rodeaban la iglesia parecían intactos. Por supuesto, se trataba de las más nobles casas solariegas del pueblo, construidas con sillares recios y gruesas vigas.

Desde el primer momento, los parroquianos parecieron dividirse en dos grupos. Uno de ellos, formado exclusivamente por hombres, se dirigió hacia abajo, hacia el puerto, musitando aún plegarias a santa Bárbara, a san Telmo y a la Virgen del Carmen para agradecerles que hubieran velado por sus embarcaciones. Los demás se fueron marchando en distintas direcciones, cada uno hacia su casa, con la esperanza de encontrarla entera.

Trozos de tejas, cristales rotos y contraventanas caídas en medio de las calles fueron anunciando que la tormenta había causado daños, aunque no irreparables.

Cuando los pescadores que iban rumbo al puerto sobrepasaron las últimas casas del pueblo y recibieron el fuerte viento con que aún los saludaba la mar, todos dirigieron la mirada hacia las embarcaciones que habían arrastrado antes de la tormenta al arenal de la playa y a la rampa del muelle, donde las habían amarrado a conciencia. Todas parecían

haberse salvado, pero se acercaron hasta ellas para comprobarlo minuciosamente.

«¡Dios del cielo!», gritó de pronto uno de los pescadores. Al oír su voz, los demás siguieron con sus ojos la dirección de la mirada estremecida del que había pronunciado aquellas palabras.

«¡Se van a matar!». «¡Va a naufragar!». Estas y otras exclamaciones surgieron de los labios de los experimentados marineros cuando contemplaron, a menos de medio cable de la bocana del puerto, a un bergantín de dos palos con todo el velamen desplegado, que se balanceaba de proa a popa y de babor a estribor a merced del grueso oleaje.

El navío aparecía y desaparecía entre la mar embravecida. A nadie le cupo duda de que acabaría estrellándose contra la costa. Ya había pasado lo peor de la tormenta, pero el viento continuaba soplando con fuerza y empujaría al buque contra el muelle o los acantilados.

Algunos hombres corrieron hasta el espigón por el muelle, bajo la espuma de las olas que lo asediaban. Desde allí vieron cómo las furiosas aguas hacían virar al bergantín, que esquivaba el espigón por muy corta distancia. Pasó tan cerca del rompeolas, que los que se habían aproximado pudieron ver su nombre escrito en la amura de babor: Livjatan. También comprobaron que la cubierta estaba completamente despejada. Tanto, que la rueda del timón giraba desenfundada sin que nadie la gobernara. En la popa, una bandera danesa se agitaba enloquecida, como si ansiara abandonar la nave.

El buque se alejó poco a poco del muelle y parecía que a cada embestida de las olas que lo zarandeaban se iría al fondo sin remisión.

Para entonces, todo el pueblo había vuelto a reunirse en las inmediaciones del puerto, y en las conversaciones

se fue abriendo paso la idea de prestar auxilio al navío desamparado.

Esa voluntad empujó a la mayor parte de los aurorianos hacia la ermita de la Serena, desde donde esperaban, al menos, lograr atisbar el punto exacto en el que habría de tener lugar el inevitable naufragio. Apenas llegaron los más veloces a la ermita, reapareció el bergantín debatiéndose entre las olas que lo conducían hacia la playa de Quebrantos, lugar maldito entre los pescadores de Aurora por sus afilados arrecifes y sus fuertes resacas.

Los vecinos de Aurora iniciaron el descenso del acantilado lentamente. Al pasar ante las casuchas de la aldea, se les unieron sus hoscos vecinos, que ya habían avistado el barco y parecían aguardar que encallara. De la mar les llegaban los bramidos de las olas y los estampidos del agua chocando contra las rocas, a los que se unían los agudos gemidos y los roncros estertores del bergantín a punto de zozobrar. De pronto una ola brutal levantó al buque, lo lanzó contra la playa y lo encajó entre dos de las más altas rocas, de suerte que el barco quedó encallado en posición vertical, con sus palos apuntando al cielo, de donde se diría que había surgido el fantástico milagro que lo había hecho atracar aparentemente intacto.

Aunque parecía que el navío había quedado bien sujeto entre los roquedos, cualquier brusca sacudida del mar podía arrancarlo de allí para tumbarlo de costado o entregarlo de nuevo al brutal juego del oleaje. A bordo no se advertían signos de vida. Los aurorianos, sin embargo, debían asegurarse, aunque acercarse hasta el barco y trepar a la cubierta exigía ese tipo de valor que menosprecia la propia vida.

—Voy a subir. —La voz de don Leopoldo de Pedrera, alcalde de Aurora, rompió el mutismo de los vecinos—.

No le pido a nadie que me acompañe, pero si alguien quiere hacerlo lo recibiré a mi lado con sumo placer.

El alcalde tenía la capacidad de mando que le otorgaba de forma natural su cuna en una de las familias más distinguidas de la comarca, además de haberse ganado el privilegio en el campo de batalla contra los carlistas en la última guerra, en la que había adquirido el grado de coronel y unas cuantas condecoraciones que lucía sobre la pechera de su uniforme en los días de fiesta.

Los más se amedrentaron oyendo los rugidos de la mar, pero hubo unos cuantos que, tras titubear unos instantes, siguieron a don Leopoldo. Primero se metieron en el agua hasta que les llegó por encima de la cintura, después escalaron las rocas y finalmente treparon por el costado de estribor hasta alcanzar la cubierta.

—¡Ah, del barco! —gritó el coronel nada más subir a bordo.

No hubo respuesta.

Todo el barco temblaba y crujía con sonidos siniestros bajo los pies de los recién llegados. A don Leopoldo, que no era hombre de mar, le pareció lamentable el estado del navío, con las velas deshechas en jirones y las jarcias oscilando en torno a los recién llegados. Sin embargo, los que le habían acompañado eran hombres curtidos en la mar, en embarcaciones más pequeñas, ciertamente, pero con suficiente experiencia para saber que el aspecto del barco era magnífico para haber sufrido semejante temporal. Uno de los que se encontraban a bordo, Sebastián, que había servido en la Armada a bordo de una goleta, fue el primero en advertir una extraña anomalía.

—Ni siquiera han soltado el chinchorro —comentó señalando el único bote salvavidas de que disponía el

buque—. O toda la tripulación ha abandonado el barco a nado o ha sido barrida por las olas.

—O aún está a bordo —sugirió otro—. Todo esto es muy raro.

El resto asintió y guardó silencio, un silencio que parecía espesarse sobre sus cabezas, aislando al barco de la barahúnda que producía la mar. Nadie lo dijo, pero todos tuvieron la sensación de que decenas de pares de ojos los observaban desde las cofas y las vergas.

Encontraron la bitácora abierta en la popa, donde comprobaron que la brújula funcionaba perfectamente, con su aguja clavada en el Norte.

Todas las escotillas estaban cerradas y no ofrecieron resistencia cuando las abrieron para acceder al interior. Una vez dentro, lo primero que les desconcertó fue encontrar los faroles encendidos, si bien acogieron con agrado la tenue luz que les permitía moverse con cierta seguridad, aunque el temor a los fantasmas se iba intensificando en los murmullos.

El coronel de Pedrera no prestaba mucha atención a lo que consideraba supersticiones propias de gentes incultas. Cuando se disponía a abrir la puerta del camarote de popa, Sebastián habló:

—Quizá, señor, se declaró una peste a bordo.

La mano del alcalde se paralizó mientras giraba el picaporte. Cerró los ojos, pensativo, y dijo:

—No hemos llegado hasta aquí para quedarnos sin saberlo.

Al abrir la puerta encontraron un camarote vacío e iluminado también por un farol que pendía del techo.

—Es el camarote del capitán —apuntó Sebastián, y señaló con el dedo varios objetos que a él le servían para identificarlo como tal.

Había un grueso cuaderno abierto sobre la mesa. A su lado se veía un precioso reloj de oro con una cadena del mismo metal, que inmediatamente llamó la atención del alcalde. Lo tomó en su mano y miró las iniciales grabadas en la tapa: «M. S.». Luego abrió el reloj para encontrarse con que el aparato aún tenía cuerda y marcaba la hora exacta: las 21.12. En el reverso de la tapa había un retrato de una elegante dama que sostenía a una niña pequeña en su regazo. Los ojos de ambas parecieron clavarse como agujas en el corazón del alcalde, que presumió encontrarse ante la imagen de una viuda y una huérfana. La voz de Sebastián lo arrancó de sus lúgubres pensamientos.

—Señor, es el diario de navegación.

Sebastián pasaba su dedo índice sobre la escritura del cuaderno.

—No entiendo lo que pone, ni sé en qué maldito idioma están escritas estas palabras, pero la última entrada se corresponde con la fecha de hoy, a las 14.37 horas.

Don Leopoldo de Pedrera cerró maquinalmente el reloj y, distraído, se lo llevó al bolsillo para sujetar con ambas manos el cuaderno que le tendía Sebastián. Este le indicó ciertas cifras en la última página escrita. Parecían indicar una latitud y una longitud.

—Son las coordenadas de Aurora, señor. La última entrada se hizo a las 14.37 frente a Aurora.

—El temporal se desató más o menos a esa hora —señaló otro pescador, y un nuevo escrúpulo se fue asentando en todos los presentes.

El alcalde pasó las hojas del diario con la esperanza de hallar algo escrito en español o en francés, pero no fue así. Únicamente en la primera página encontró unas palabras que le decían algo: «Livjatan», el nombre del barco, que ya

había visto escrito en la proa, y «*Kaptajn Morten Sørensen*», el nombre del capitán autor del diario.

—Todo esto es muy raro, señores —sentenció don Leopoldo de Pedrera—. Sobre todo el estado en que se encuentra el camarote. Todos hemos visto con qué violencia se agitaba el navío entre las olas. Sin embargo, el diario, la pluma y el tintero están en orden sobre la mesa, los libros en sus anaqueles, las sillas en pie...

—Huele a brujería —dijo alguien.

—Tiene que haber una explicación científica —objetó el alcalde sin mucha convicción—. De momento registraremos el resto del barco y quizá hallemos la clave.

El grupo revisó los otros dos camarotes, el dormitorio de la tripulación, la cocina, la bodega y hasta la sentina. Todo se hallaba en perfecto estado de revista, como si estuviese en puerto y a punto de iniciar la travesía, como si el Livjatan nunca hubiese sufrido los embates con que la mar lo había encallado entre las rocas, frente a la playa de Quebrantos.

El barco estaba desierto, pero todos y cada uno de los aurorianos que habían subido a él sentían, cada vez de forma más penetrante, presencias invisibles que los observaban, que los seguían y que atenazaban sus nervios hasta hacerles desear saltar al abismo turbulento que los rodeaba.

Cuando el coronel de Pedrera dio el orden de abandonar la nave, todos obedecieron con presteza.

Es necesario admitir que, si bien todos habían subido a bordo con el ánimo de auxiliar a los desvalidos, algunos descendieron del barco con la codicia asomando a los ojos, pues, aunque no había persona alguna a bordo, todos fueron testigos de las muchas riquezas que merecía la pena rescatar. Ya en tierra, don Leopoldo hizo un esfuerzo por serenar los ánimos.

—El barco está desierto —anunció a los que habían permanecido en tierra—. En este momento no es posible dilucidar qué ha ocurrido a bordo. La carga parece estar intacta, por lo que es mi deber avisar a las autoridades para que se hagan cargo de ella y lleven a cabo las diligencias oportunas. Ahora vamos todos a mi casa, donde os ofrecerán caldo y vino para que os calentéis y reconfortéis.

Los aurorianos aceptaron la invitación de buen grado, pues verdaderamente les hacía falta entrar en calor, pero además necesitaban ahuyentar la soledad que aquel navío desahuciado había arrojado sobre sus almas.

A pesar de ello, la reunión en la casa de los Pedrera solo sirvió para aumentar el temor y las presunciones supersticiosas sobre el naufragio del Livjatan. ¿Por qué había arribado hasta allí con todas sus velas desplegadas? ¿Por qué no había nadie a bordo? ¿Por qué todo estaba intacto en su interior? ¿Por qué no se había hundido? ¿Por qué no había reventado al chocar contra las rocas? Ninguna pregunta hallaba respuesta y a la confusión se fueron añadiendo otros negros pensamientos y conjeturas arcanas. ¿Era el Livjatan un buque fantasma? ¿Habían presenciado una tempestad provocada por las brujas o el demonio?

El cónclave en casa del alcalde no se prolongó demasiado y cuando cada uno de los pescadores regresó a su casa, se encontró con las lamentaciones de su mujer, tejas desprendidas, ventanas rotas, huertos arruinados... El terror a los fantasmas se desvaneció ante problemas más cercanos y frente al agotamiento de una jornada marcada por la angustia.

A los habitantes de la aldea, el camino de regreso a sus casas les dio tiempo para seguir hablando entre ellos, ya sin la incómoda presencia de los demás vecinos de Aurora.

—Yo sé muy bien por qué nos prohíben tocar el barco —dijo uno de los que habían subido al Livjatan—. Va cargado de caudales.

—Y yo he visto al alcalde guardarse un reloj de oro —aseguró otro que le había acompañado.

La palabra «oro» resplandeció en el aire fresco de la noche y los ojos de quienes escuchaban se encendieron con el brillo de la avidez. Inmediatamente acosaron con sus preguntas a los que habían entrado en el buque.

En siglos anteriores los vecinos de Aurora se habían dedicado al raque, buscando restos de naufragios en la playa de Quebrantos y los acantilados. La mayoría de las veces se hacían con modestos aparejos de pesca o piezas de embarcaciones por las que sacaban algún dinero, pero también habían encendido fuegos para hacer señales falsas a los barcos en peligro y atraerlos a la despiadada playa de Quebrantos. Incluso habían asesinado a algunos náufragos para evitar testimonios incómodos.

Si bien esas abominables prácticas parecían haberse terminado en Aurora, entre los habitantes de la aldea seguían siendo, como mínimo, ocasionales. Por esa razón parecía normal que ahora se mostrasen acuciosos por hacerse con el que podía ser el mayor tesoro que había llegado a su playa. Por eso, los hombres que regresaban de la casa del alcalde no se extrañaron al encontrar a sus mujeres e hijos fuera de sus casuchas, deambulando ante la playa como manada de lobos y lanzando miradas hambrientas al barco embarrancado.

Todos en la aldea ansiaban tener noticias de lo que escondía en su bodega y en sus camarotes el Livjatan para sopesar el riesgo de desobedecer al alcalde y, sobre todo, de desafiar a la mar.

Tras un breve parlamento, la decisión de abordar el barco fue unánime. Debían aprovechar aquel momento en que los amparaba la oscuridad de la noche y les favorecía la marea baja.

Aún no había amanecido cuando el pueblo de Aurora volvía a ponerse en pie, alarmado por el toque de campana, que esta vez, con un ritmo lánguido y melancólico, tocaba a difuntos. Poco a poco los vecinos fueron conociendo la noticia: don Leopoldo de Pedrera y Matalobos, alcalde de Aurora y coronel de caballería, había fallecido.

Un grito aterrador despertó en medio de la noche a los criados. Cuando acudieron a la habitación del señor, lo encontraron al pie de la cama, tendido sobre la alfombra, con los ojos abiertos y la boca desencajada en una terrible mueca de espanto. En su mano inerte hallaron el reloj del capitán del Livjatan.

Mientras se preparaba la capilla ardiente, el padre Dámaso acompañó a la playa de Quebrantos a los pescadores y a cuantos se les quisieron unir en busca del buque encallado, a cuya presencia en la costa muchos empezaban a responsabilizar de la muerte de don Leopoldo.

De camino a la playa, el sol volvió a reinar en el cielo, aunque una espesa capa de nubes grises impedía a sus rayos brillar sobre el mar. Mientras subían la cuesta de la ermita, una ráfaga de viento les llevó los acordes de la marcha fúnebre que ensayaba el organista para el funeral, en la iglesia de la Anunciación, e infundió a los caminantes un ánimo aún más tétrico del que ya llevaban cuando habían partido del pueblo. Pero lo que heló la sangre en sus venas fue cuando, al llegar a la ermita, contemplaron la playa de Quebrantos: el Livjatan había desaparecido.

Ni el más mínimo rastro del naufragio quedaba sobre la mar, las rocas o la arena de la playa.

Todos comenzaron a descender a la playa liderados por el cura y se acercaron a los chamizos de la aldea para recabar información sobre lo ocurrido.

Llamaron a la primera puerta y no recibieron respuesta. Sucedió igual con la totalidad de las casas del arrabal. Solo en un par de viviendas arrancaron sus recios golpes llantos angustiosos de bebé. Alarmados por la inexplicable quietud del lugar, los pescadores forzaron una tras otra todas las puertas del lugar para encontrarse en el interior de cada casucha con todos sus habitantes muertos entre un sinfín de objetos preciosos extraídos, sin duda, del Livjatan: vestidos de seda y estolas de piel de marta, vajillas de porcelana china, cuberterías de plata...

Los rostros de los cadáveres indicaban que una visión terrorífica los había sobrecogido en el momento mismo de la muerte. Una visión tan horrenda que a nadie le cupo duda de que todos habían muerto de miedo.

Únicamente dos niños de muy corta edad, que permanecían acostados en sus cunas y al margen de cuanto había acontecido aquella noche, fueron hallados con vida.

El párroco se atrevió a dictaminar lo que había ocurrido: dio por válida y verdadera la tesis que definía al Livjatan como un buque infernal.

—Tenemos aquí su carne mortal —dijo, refiriéndose a los vecinos de la aldea—, pero sus almas han partido en esa nave de Satanás, y en compañía de su tripulación pirata ahora navegan, Dios lo quiera, lejos de aquí.

Luego, como viera que algunos de los presentes mostraban cierta aversión hacia las dos criaturas que se habían salvado, él mismo las cogió en brazos y aseveró:

—Estos son inocentes, porque no subieron al buque ni participaron de la codicia ni del deseo de bienes ajenos de sus padres y hermanos.

Acto seguido se procedió a quemar las casuchas de la aldea y el lugar quedó yermo y deshabitado hasta nuestros días.

Así concluía Telmo la historia del buque Livjatan y de paso explicaba las ruinas que Agustín había visto por la mañana, junto a la playa de Quebrantos.

—Así lo oímos contar los aurorianos y nos lo creímos desde niños —dijo—. Que tú lo creas o no, ya no nos corresponde a nosotros.

—Bueno, supongo que todas las leyendas tienen su parte de verdad.

—Yo soy parte de esa verdad —intervino entonces Carmen—. Mi abuelo fue uno de los huérfanos del naufragio, uno de los dos niños que el padre Dámaso rescató de la aldea.

A Agustín Fóquel, que llevaba años sin componer, le ardía una pequeña llama de inspiración en el interior. Seguramente un espejismo, una quimera, pero de vuelta en el hotel, en vez de subir a su habitación, se dirigió al bar y pidió un whisky.

No había tomado más de tres sorbos cuando las primeras notas acudieron a su cabeza. Era una melodía fantástica, quizá incluso superior a la *Serenata en los canales* que le había encumbrado y que en realidad era un plagio hábilmente disimulado de un ignoto y difunto compositor.